

EBEL BARAT



Sobre la tierra

Desde Rosario a Manaus
por Paraguay y Bolivia

Che, decime, ¿el pombero, es el mismo el de acá que el del Paraguay?

¿Cómo?

Digo si el pombero será el mismo aquí que en Paraguay.

Mirá, cuando se separaron mis viejos y fui a vivir a una casa horrible, a mí que era un pendejo me volvió loco.

¿Viste cuando se cae todo de la heladera, como si los estantes de arriba se vinieran sobre los de abajo? Bueno, ese mismo ruido hacía; me volvía loco, y cuando ibas y revisabas la heladera estaba intacta.

No te puedo creer. ¿Y cómo es el pombero?

Es rechiquito.

¿Un enano?

No un metro cincuenta con algunos centímetros más, y usa un sombrero.

Ah.

Y si te silba como si estuviera lejos es porque está cerca, y si te silba de cerca es porque está lejos. Pero ahora a los pendejos no les importa nada y salen a cualquier hora. En mi época ni en pedo salíamos, sobre todo a la hora de la siesta, ni en pedo.

¿Por?

Porque andaba el “niño de la siesta”.

El niño de la siesta...

Sí, era rubio, y te convencía de ir al monte y si vos lo seguías, ahí nomás te perdías. A veces era como un pajarito, viste, de esos que siempre querés cazar con la gomera, los que están llenos de colores, bueno, vos los veías y lo empezabas a seguir para cazarlo y cada vez que le ibas a tirar se las piraba, y vos lo seguías y al final te perdías en el bosque. Era el niño de la siesta. Pero ahora a los pendejos no les importa nada, salen igual y no dan bola.

Che, ¿qué tal es el sueldo de gendarme?

Cuatro mil ochocientos porque no estamos en zona de frontera, ahí es mucho más, en Formosa es mucho más.

Debe haber muchos bichos en el monte, ¿no?

Y si esta la pitón... yo vi una en el Paraguay que me dio un miedo bárbaro, medía como cuatro metros, era una anaconda, mi pariente le tuvo que tirar con un tronco desde la vereda para matarla...yo le dije que si no la mataba no iba a poder dormir esa noche, le dije que la matara, por favor. Y le mandó el troncazo desde arriba, como desde dos metros porque la calle pasa por abajo por el asunto de la inundación, ¿entendés?

Sí, son tremendas como las Curiyú. ¿Y los monos?

Y aquí hay Carayay que cagan y te tiran la mierda.

No, qué hijos de puta, ¿te apuntan con el culo?

No, cagan y te tiran la mierda con la mano.

Monos mugrientos.

Sí, son unos mugrientos, y después están los macacos que son más chicos y cuando los criás entre cristianos

vos viera cómo se apañan.

¿En serio?, cómo los perros ¿no es cierto?

Sí, mi prima en Formosa llevaba el de ella en un cochecito, como una criatura y el mono se reacomodó, iba tranquilo, vos vieras, una criatura, y lo único que quería era dulces, chupetines ¿viste? Era un animal comiendo dulces, no podía parar y les daba en el cochecito.

Che ¿vos no oíste hablar del Silbón?

No, a ese no lo conozca. Debe silbar mucho también.

Sí, qué se yo, ¿es duro el entrenamiento del gendarme?

El de Córdoba es peor que el de Buenos Aires, más duro, ahí empezás a valorar un montón de cosas, sobre todo con la comida y la gimnasia. Fue muy importante en mi vida. Es una experiencia que hay que vivirla.

Sí, un cambio grande ¿no?

No, para nada yo seguí siendo el mismo, yo soy siempre igual.

Javier vuelve desde Chaco a Formosa a pasar el fin de año con su familia y su novia. Esta noche tenés que estar afilado, le dice Germán.

Ni hablar, responde el joven gendarme de veintidós años.

En la ruta que entra a General San Martín vemos dos coatíes. En realidad son ellos los que están observándonos. Qué cara parecida a los suricatas que tienen, qué inocencia de esa parejita contemplando los eventos de la ruta. Qué no se les ocurra cruzarla!

En San Martín vive Claudia Ebel. Se pronuncia ébel, y es, casi con seguridad alemán, aunque de unos alemanes que han vivido en Argelia.

Eran pieds noirs, le digo.

A ella le dono unos libros y quedo para la feria del año que viene, tal vez con la posible presentación de unas crónicas nuevas.

Ella es bibliotecaria, al igual que su hermana, otra Ebel, muy rubia y muy blanca, también. En Chaco es ejemplar el manejo de las bibliotecas y se toma como modelo nacional. Todos los años, ellas y otros, van a la Feria de Buenos Aires en varios micros con los gastos pagos. Se hacen de material para las lejanas y boscosas bibliotecas del Chaco salido hacia el oeste, que busca yacarés, coatíes, pumas, y anchos y bajos prados que alternan con el monte oscuro y palpitante.

Las Ebel, con acento en la primera “e”, recuerde, viven muy cerca en esta San Martín de noche agradable (tenemos suerte) y progreso difícil, quieta entre un verde subido y aquél barro indómito que conocí cuando era un chico y me llevaban a Clorinda.





En el camino, de anchas márgenes que enmarcan las palmeras y los árboles, pasa una mujer joven. Tiene la melena de bronce que cae sobre su piel al tono. Lleva una pollera acampanada y negra que contrasta con las botas de goma para el barro y el agua. Parece eslava, tal vez es rusa, y va al borde del camino, a pie, arriando su puñado de vacas. Es alta de cintura estrecha, apenas delgada.



¿Será consciente la que pasa de su extraordinaria belleza en medio del exceso de verde?

¿Por qué tiene el gesto grave y ausente? ¿Por dónde anda su pensamiento ahora? ¿Por el recuerdo de un hombre...por su ausencia? ¿Por el lugar a donde lleva sus vacas? ¿Por un hijo que aún no tiene?

En el monte verde y lejano arrea una mujer sus vacas acostumbradas a la tierra enrojecida y al bullir del bosque. Se desata un largo chubasco que empapa el pavimento y lustra el follaje. Los de las motos (no son pocos) se detienen bajo los árboles.

Una intimidad consagrada: la de la pareja que se mira y conversa retirada del mundo bajo su árbol.

Clorinda, tiene una avenida principal que podría ser aquella que quedó en los registros de la memoria de un niño que vio a su padre luchar, y perder, contra aquel barro enrojecido y recalcitrante.

En Clorinda la gente local hace cola para acceder por un paso al Paraguay donde puede comprar “las cosas”.

En la frontera revisan los papeles del auto, exhaustivamente, no para impedir el paso de los que no tienen la documentación en orden, si no para conseguir una comisión por el trabajo, “y el riesgo”, que los agentes tienen que tomarse por dejar ingresar a los turistas negligentes.

Asunción no fue Buenos Aires con su riqueza, su venalidad, sus mercaderías, sus gentes mezclando todos los puntos cardinales, y haciendo una música tan apasionada como profunda, a orillas de un mar dulce y traicionero por donde podía entrar la opulencia del mundo.

No es Lima ni Quito con sus riquezas estáticas, sus noblezas doradas y lentas, sus fachadas barrocas y excesivas, su alcurnia en el cavernoso hablar el mejor español de las Américas.

Asunción se acomodó como pudo a orillas de una laguna hecha por un río grande, pero no lo suficiente.

Trató, y trata, de hacer honor a la valentía y el orgullo de un pueblo que ha tenido que vérselas siempre con las hostilidades del clima, del aislamiento, y de los vecinos a los que tuvo que enfrentar con una diferencia de, digamos, ¿tres a uno?

¿Estaría un poco loco el señor Solano López?

Hasta Bolivia eligió a Paraguay para disputarle el Chaco, y para recuperar el orgullo perdido con sus derrotas y sus mermados territorios. Y no pudo hacerlo...

Asunción va a su ritmo, con sus negocios “puros” (no hay prejuicios ni facturas), sus casas con patio y con plantas, sus calles bajas con su sombra, sus chivatos, sus ficus, sus gomeros, sus lunares empedrados y una asumida pobreza que no preocupa y que, por eso mismo, deja de serlo.







1-Creció al quince por ciento, y este año se espera un diez.

No, ¿tanto?

1-Sí, van para adelante.

¿Cuál es la fuente de progreso?

1-Una revolución con la ganadería, ellos le sacaron la Hilton a Argentina y Brasil, Y en la agricultura entraron los pules de siembra, de Brasil y Argentina.

2-Yo además compré dos jaulas de terneros, veinticinco mil dólares, y aquí da ganancia, treinta por ciento, y la mantengo en la moneda original. Allá no se puede hacer nada. Mi viejo era embajador aquí y yo estudié el

secundario. Los compañeros hicieron carrera, son diputados y funcionarios y ellos me consiguieron entrar en el negocio.

1-Yo me fundí con el algodón. Tenía la última tecnología y me fundí. Además me separé y me vine aquí. Me mandaron los compañeros de rugby de Buenos Aires. Estoy de primera, un poco solo, y eso me preocupa.

Y... las minas.

1-Por eso mismo, aquí podés andar con una de veinticinco y nadie se sorprende. Mirá que yo pelo sesenta y cuatro. Es raro el tema con las minas. Che, vengan mañana a pasar fin de año con nosotros, tenemos un lechoncito.

Una año después que en Buenos Aires esta Asunción declara su libertad. Y hay un cabildo, también, frente a la plaza, con sus muros añosos e irregulares, con sus salones amplios, sus pisos de ladrillos donde discutieron aquellos hombres que inspirados en la revolución francesa, aprovecharon la irrupción de un francés en España que empezó su gesta para defender la república y, tal vez, la terminó, poniéndose por su propia mano, una corona de emperador sobre su cabeza. Un corso pequeño, de hablar “cocoliche”, ardiente, que ayudó a llenar el museo más grande.

El cabildo es un museo donde se exponen pesebres de diferentes países del mundo, testimonios de las culturas aborígenes y algunos documentos como títulos de bachiller, cartas de embajadores, fotos de presidentes, ropa





Suenan petardos. Se termina el 2012. El hombre que dice que empieza a temerle a su soledad ha organizado la cena. Su hermano ha venido desde Argentina. Hay una pareja en la cabecera de la mesa. Están en los suyos.

Síndrome de Asperger. Autismo.

Ellos no son apegados, pero son fieles como un perro. Geniales para lo abstracto y, a veces, para los trabajos manuales. Es mi hijo, dice ese hermano. Y son muy felices. Viven juntos desde hace dos años y quieren estar así, tranquilos y juntos. Ella es impresionante para el bordado, impresionante, ¿me entendés? No se preocupan. Ven otras cosas que las que vemos nosotros. Su mundo es diferente.

Ese hermano lleva una melancolía vieja y dice que tener un hijo así es un camino a la felicidad, y que eso es lo que siente cuando percibe su presencia.

Hay un napolitano con una joven paraguaya, morena, casi imponente, con la que ha tenido un hijo, y con la que va por otro, según dice. Tiene una pizzería en este Paraguay donde no es tan difícil hacer negocios. El napolitano de ojos claros, translúcidos, como el mar de Capri, se mofa de los franceses y de los españoles. Ha sido un gran surfista y conoce el mundo, según él. Veo que su mujer está muy interesada en Germán. Quizás porque se casó a los diecinueve con el gringo que le lleva unos veinte, por lo menos.

Somos ocho personas que terminamos el año juntos. No está mal bajo la caliente noche de Asunción.

Lloverá en la madrugada del primero de enero. Será difícil pasar a Bolivia a través del Chaco profundo. Sabemos que los caminos son complicados. Vamos hasta Mariscal Estigarribia.

El hombre melancólico nos saludará mañana a la mañana. Siempre con el mismo talante.

Llámame Toto, nos dice el uruguayo.

Es alto, calvo y delgado. Excepcionalmente vital. Y no para de hablar.

Me retiré aquí después que me separé. Mamá, cuando vino a visitarme y preguntó dónde estaba el centro y le dijeron que era aquí, se puso a llorar.

Lo que pasa que yo era edil y estaba en la política. Me gasté una fortuna en la campaña, setenta mil dólares, pero estaba mal. Vio cómo son las cosas, yo andaba bien y salía con muchas mujeres, hasta que una quedó embarazada. Por eso me fue mal en la campaña de Lacalle, porque andaba mal. A mí las minas no me van a dar bola por la pinta. Era por la política, Así que empecé a perder los límites,

¿Y qué pasó?

Que no era mi novia y, entonces, también se embarazó mi novia, y yo no pude con la culpa y con el peso de la vida pública, y me casé. No anduvo para nada. Pensé en suicidarme pero, en vez de eso me vine aquí, y monté este hotel. Aquí te dejan hacer negocios, no pago ningún impuesto y me voy arreglando con la cuota de compra. Estoy bien. Y ya he tenido relaciones, como puedo, claro, pero no estoy solo del todo. Y además ando mucho mejor con las madres de mis hijas.

¿Y con cuál te llevás mejor?

Con la que no me casé. Pero, a ver, un poquito mejor, no crean que me llevo muy bien que digamos.

Y esto lo hice en un mes. Veinticinco mil. No se ven, pero están. Lo hice con dos uruguayos amigos que saben

hacer de todo, les di lástima y se quedaron un mes y medio a ayudarme. Después se fueron.

Che, ¿nos podés hacer algo de comer?

Tengo carne, unos tomates y arroz.

De primera.

Mariscal Estigarribia es el último lugar en dónde se puede parar antes de la frontera con Bolivia. Una estación de servicio emana una música para todo el pueblo. Lo demás es barro, ausencia, pobreza y muchas promesas del porvenir, con tanto campo y tantos interesados en producir como los argentinos, los brasileros y los uruguayos.

Los campos los dividió Stroessner y se los hizo comprar a los suyos con la promesa de que no podían realizarlos durante treinta años. Ahora van venciendo los plazos ...aunque muchos títulos son falsos.

Aparecieron los argentinos y los brasileros. Están trabajando campos aquí. Esto se va para arriba... espero. Los argentinos también andan en Uruguay, son mucho más trabajadores que el uruguayo. Si un campo le produce seis a un uruguayo, al argentino le produce diez.

Esto lo dice Toto, que no es contrahecho como podrá haber parecido. Es un tipo muy alto, fuerte y de ojos vivaces y...alocados.







Ojos...En las frontera dos agente nos escrutan con ojos que quieren desentrañar. Pesados y amorales como los de algunos bichos. Como los de un congrio, dice Germán.

Todo en orden, seguimos a Bolivia.



Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Siete controles en Bolivia, dos de inmigración, dos militares, tres de la policía.

En el último regimiento, el oficial toma nota de nuestros datos en un cuaderno con una letra caligráfica y pequeña (la misma letra que usó el oficial en el regimiento del control anterior... y los mismos datos).

A su lado hay hombre apoyado en sus manos abiertas sobre el suelo, con su tronco rígido en posición de ejecutar flexiones de brazos. No las hace y hace silencio. Su única comodidad es asentar una rodilla para no mortificar tanto el cuerpo. Está inmóvil. Está a un metro de la mesa donde trabaja el oficial, que ahora nos acompaña hasta el auto y nos indica cómo salir del lugar. El hombre queda allí, en la misma posición. Nos vamos pensando en los códigos de la milicia, y en su modo de enseñar sus artes.

No he visto terneros muertos, ni cabritos. Y eso que les encanta quedarse en el asfalto viendo como los esquivan los vehículos que van y vienen de Santa Cruz de la Sierra.







La catedral es hermosa. Sus ladrillazos pulcros se exhiben para darle una rusticidad que no empaña el barroco de la colonia. Eleva dos imponentes antebrazos de bogavante y yace larga y segura hacia atrás. Aquí pasó también el virreinato del oro y de la plata. No el del Río de la Plata, y menos su sucursal modesta a orillas del río Paraguay, en la caliente Asunción.

Y eso que estamos bastante lejos de Lima, de Cuzco y de Potosí.

Santa Cruz de la Sierra, lindo nombre, creo. Se lleva bien con la plaza que no abandona sus tradiciones, sus transeúntes, sus lustrabotas, y ese buen humor que emana enseguida.













Saco la foto de los chicos durmiendo. Inmediatamente la mujer los manda para pedirme dinero. Me dicen cinco bolivianos por la foto. Les doy tres. Cuando paso frente a la mujer de mirar anestesiado y rictus de bronce, me dice: mássss dame, mássss dame.



Hay seducción callada en la forma con que la mira. Hay una sonrisa que no termina de esbozarse y una retención en los ojos. Hay un silencio rítmico cada vez que le acerca la comanda.

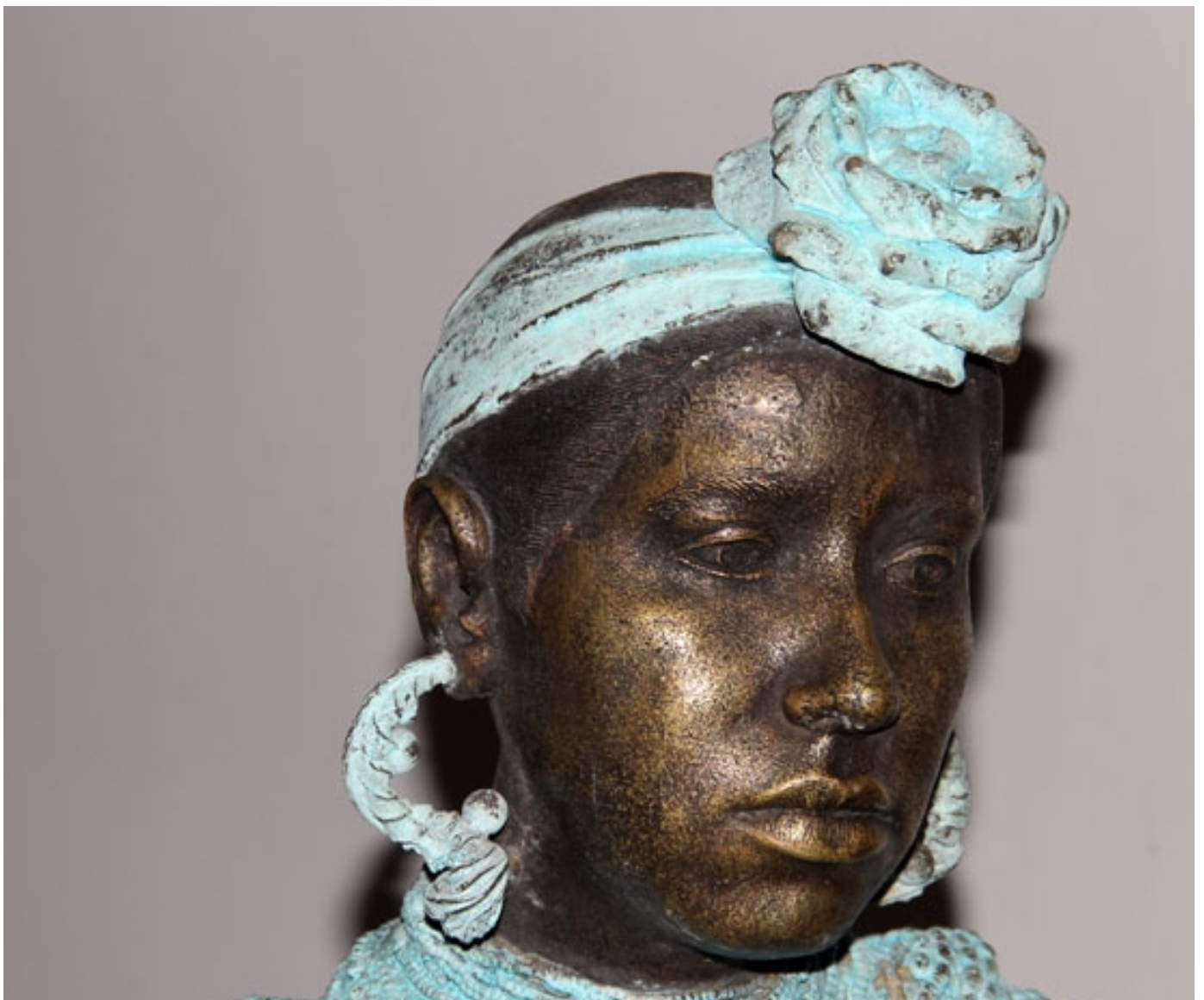
Hay espera.

Es el muchacho de rasgos muy aindiados, detrás de la barra del Irish pub. Y eso ocurre cada vez que se acerca una de las mozas.

Juan Bustillo. Un escultor que dice que nació en las Yungas, ahora expone en la Casa de la Cultura. Dice que cuando vió lo que habían hecho con los troncos en la escuela de arte a la que fue a anotarse, no pudo con la emoción.

Se puede con la emoción de ver su arte, pero apenas. Alma, fortaleza, fragilidad, humanismo, sugestión. .

“Este hombre se bañó en bronce. Y se abrazó, como bibosi, al frondoso arte del que no va a separarse jamás”.







En los bosques al este y al norte de Santa Cruz, muchas veces llueve, muchas veces por día. Y cuando pasan los feroces chubascos, la humedad deja un relente, y su pátina una melancolía religiosa entre los brazos largos de los árboles que llenan de aire el espacio., Como en la samba de la luna que canta Mercedes Sosa.







8
9
10
11.12.13.14.15
Y no importa cuántos más, pero en casi cada pueblo hay un mísero retén donde míseros agentes de policía, o del ejército, hacen los mismos registros con la misma letra, y ponen el mismo sello.
Poder pasar... un alivio repetido. Y un disgusto continuo estar esperando el próximo control.
Siempre la misma mirada. Siempre la tierra roja y resaltada por el agua, realzando el verde.
En San Ignacio es igual. Los únicos edificios ricos son los de los jesuitas.
No sigan hasta San Matías, allí hay gente mala. Mejor paren en San Miguel, hasta allí es seguro.
En San miguel hay una amiga mía que puede darles alojamiento. Paren allí.







Antes de San Miguel cae un chubasco feroz.

Después de San Miguel, ya camino de San Matías, en una larga hondonada hay un colectivo atravesado en el barro y mucha gente fuera.

La gente se ve calma. Es difícil que salga de ahí si no llega ayuda.

Qué hacemos, me pregunta el brasileño que venía adelante y que esperó a que llegáramos.

Nosotros vamos primero y usted nos sigue.

No podemos pasar, no hay espacio entre el colectivo y la zanja.

El brasilero, que otea desde lejos decide emprender el regreso, supongo que a San Miguel.

Decido, alentado por la gente en pasar la zanja de través.

Como saben los que andan por campos muy pesados, la rueda se asienta en la canaleta y la chata no sale de esa línea. Sigo a fondo entre los gritos.

Al final la chata “muere el talud” y se trepa al camino de nuevo.

Seré el único que pase. Tal vez los ojos de Toto me inspiraron. Y aún lo digo con aprensión, porque creo que no fue pericia si no pura suerte... y lo otro, claro.

Suerte tuvieron los que no subieron a la caja de la pick up para ir hasta la frontera con nosotros. Mucha.

Tengo razón. A pocos metros no puedo evitar una cortada y la tomo de lleno y por el medio. Un golpe muy fuerte.

No tenía puesto el cinturón y me lastimo el cuero cabelludo al golpear el techo.

El caballo dorado (empiezo a creerle a Fangio) se las aguanta, y sigue después del golpazo. No vas a revisarla, pregunta Germán. Ahora no quiero. No te preocupes por la sangre, es superficial, seguro.

¿Por qué no habrían de armarse una alma, también las máquinas?. ¿Qué no es una máquina?...Maquinaciones....creaciones...seres.



Suerte no tenemos casi dos horas después cuando ensayo escaparle a la tormenta que se acerca de frente yendo muy rápido en el ripio. Es un monstruo globuloso y negro que se nos viene y que promete otra de estas cataratas a las que no estamos acostumbrados. La pick up va a ciento cuarenta sobre el ripio lanzada hacia el farallón de pólvora y chispas, y buscando el asfalto brasileño, donde podría hacer pie y no quedarse a pasar la noche por aquí, donde vive gente mala... o quién sabe.

Cuarenta kilómetros antes de San Matías se desploma el cielo. Parece que vamos a quedar ahí.

Abajo está firme.

Veinte minutos, muy largos, tratando de ver y mantenerse en medio.

La tormenta se retira, abrupta, como suele suceder por estas tierras.

Entramos a Brasil.

Un hombre calvo, muy profesional revisa el interior de la chata. Otros el equipaje. No nos piden papeles.

Cáceres es lo que queríamos, el calor de un hotel, la larga entrada hasta el centro de la ciudad (no tanto como la del mentado Carazinho) la noche con música y lo de siempre, cerveza con picanha acompañada.

Antes: la costanera frente al río Paraguay, que aquí, en Cáceres, se ve ingenuo y apenas melancólico (es Brasil), y que se irá de viaje hasta Asunción, donde un muchacho y una muchacha con síndrome de Asperger, todavía pasean de la mano.





Y antes de eso, la tristeza honda de los pueblos bolivianos que quedaron atrás, entre el barro rojo, la selva y la gente oscura que, a veces, parece no hacer otra cosa que esperar y someterse a las reglas de la tierra y del cielo. Tanto militar, tanto policía, tantos controles, no sé cómo van a ayudar a un progreso que siempre está “por venir”.

No me gusta pero me trae recuerdos de la idiota (o no) burocracia comunista.

Mato grosso. Bosque grande.

No me gusta que le hagan eso al bosque, dice Germán.





“Pare que el bosc ja no és el bosc.

Pare

abans de que no es faci fosc

ompliu de vida el rebost.”

Y sí, los gigantes han caído por aquí y allá. Y con ellos los carpinchos, las serpientes, los chajáes, los monos y tanto bicho que ensayan encerrar en algunas lenguas del bosque que se exhiben mutiladas, separando algunos campos. Como en Bolivia, ... parecido.

No me gusta.

Entropía, sí. El mundo se gasta ... como todo. La cuestión es cómo.

Mato grosso.

Empieza a parecer un recuerdo, con tanta tala. Un recuerdo apenas reflejado por las islas frondosas entre el mar de soja.

Primero Cacoal

Ji Paraná, después. Buen nombre.

Con perdón, pero tal vez sea lo mejor que tiene. Eso y la mocita que está flaca porque corre muchos quilómetros por día y nos trae la comida. A esa mocita volveremos a verla... dentro de poco.







Hacia Porto Velho los sojales se transforman en prados tan verdes como los de Formosa o Santa Cruz, con ese verde encendido, sangrante, resaltado por la tierra roja que reverbera entre las nubes. Pasa hacienda. Así lo hace, en paz, hierática, con blancura y con esa sugestión hindú en los ojos de párpados delineados.

Brahman...se llama la raza.



En el barco que hace las veces de confitería flotante lo vemos por primera vez. Es un pez rosado, gigante. Pienso en los pescados pavorosos contra los que luchó Neruda por su Matilde.

Es un delfín rosado, una marsopa (lo sabremos dentro de unos días, cuando naveguemos por el Mangore que descarga en el Madeira). Germán, con criterio de pescador avesado, que demostrará días después, dirá entonces que tenía que ser un delfín porque semejantes peces no nadan en la superficie, pero ellos sí, porque salen a respirar.

El Madeira es también desmesurado y, gredoso, revuelto, ajeno, se va con sus legiones camino al Amazonas.



Miles de alvéolos verdes. Cómo escamas succulentas, florecidas unas sobre otras. Así se ven desde el aire los pulmones del mundo, con sus millones de gigantes arbolitos como espuma, devolviendo oxígeno y savia al planeta.

Y serpientes, perezosos, cormoranes, pirarucús, y cuanta planta y bestia sirva para que toda esta parte del planeta se lo pase latiendo con resonantes fragores, silbos, graznidos, que no paran de entrecruzarse.

No es agradable pensar en las madereras, ni en los cultivos. Ni en el latigazo que restalla cuando gritan los troncos al quebrarse. Ni en tanta bestia, aunque sea ajena, revuelta y gredosa, arrancada de sus tierras y de sus aguas.

Entropía.

¿Cómo imaginar a estas incansables y alegres usinas de linfas, sangres y verdura, apagadas y reseca?

¿O apenas, encendiendo el verde tímido de la soja que solo es culpable de entregar los más nobles porotos que existen?

Ronda por Manaus

Ronda en su teatro, ecléctico, de épica grandeza para un pueblo de seis mil personas, allá por fines del siglo diecinueve.

Grande y rosa en el medio de la plaza., y sin embargo delicado cuando abre su recinto para quien quiera escuchar el ensayo de la orquesta estable, o al guía que dice que está entre los cuatro de mejor acústica del mundo.







No vale la pena saber quién, aparte de la necesidad de destacarse, ha hecho semejantes rankings. Y utilizando qué escalas.

El teatro está allí, con sus mármoles y sus maderas, con su espejo, con sus artistas, con su público. Con los espectros que pulieron sus muros. Pero más que nada, con la voluntad de aquéllos que tuvieron que enamorarse de esa cosa: el caucho. Y de los barcos entrando desde, y saliendo hacia todo el mundo. Y del calor y de la jungla, el agua y los animales









Ronda por Manaus.

Tal vez la ronde también el alma del ilustre Karl Waldemar Scholz que ganó todo lo necesario para construir la casa más linda de la ciudad y que, además de un ojo, perdió todo lo necesario para que por culpa de hipotecas (esa otra cosa) el “palacete” quedara en manos del Luiz Da Silva Gomes(¿no es simpático que se llame así?), productor de caucho que le prestó dinero.





El alemán murió en Alemania, y por ahí, entre los retratos que muestran a un hombre distinguido y de espíritu sensible, dice que sin haber cumplido su deseo: volver a su Manaos, capital de la Amazonia. Por cierto le gustaban los animales y el ojo que perdió se lo debe al pico de una garza. Seguro que a esa deuda tampoco le gustó pagarla.

Su casa ha sido residencia de funcionarios, sede del Gobierno del Estado, y ahora, por suerte es un museo. Palacete Río Negro, se llama. Vaya un cariño por el esfuerzo, los sueños, la ambición y el ardor humano que hace las grandes empresas, aunque ellas mismas se ocupen de poner las cosas en su lugar.

¿Se acuerdan de Fitzcarraldo?..Arrastrar el barco, cruzarlo por la montaña hacia el otro río y volverlos a botar... A propósito, qué potencia lunática la de Klaus Kinski. ¿Tendrá algo que ver con Toto?

Ronda... ,

En el Centro Cultural de los pueblos de Amazonia, una guía, de sangre aborígen, genuina y pura, según ella, nos muestra las costumbres, la cerámica, las máquinas, en fin, la cultura de una infinidad de comunidades de la jungla que nos será imposible diferenciar. Ella cumple con su trabajo, nos aclara que es gratis y que podemos venir al museo cuánto queramos. Ha sido muy profesional ...y distante.

En el Centro, además de las construcciones comunitarias de los aborígenes, hay una caseta, de apenas un ambiente pequeño, de paredes de madera, con una cocina y unas hamacas paraguayas colgadas de la pared. El techo es de chapa y a dos aguas.

Esta es la casa de un caboclo: mezcla de un aborígen con un portugués, o un europeo, nos ha dicho la mujer.

Por esta Amazonia hay un tipo que se repite, el caboclo. Con la apariencia de aquel Joao, al que no le interesaba lo que había detrás del risco.

Caboclo dirá que es, el guía que no abre más puertas de lo que ronda por Manaos.

“Soy caboclo y decidí hablar portugués, como todos los caboclos. Pero yo no bebo. No necesito alcohol, para nada.”

Dirá que tiene 28 años, y que la jungla es peligrosa y que lo que a ella más le gusta, al igual que a las pirañas, son los turistas.

En la jungla si me toca quedarme solo lo único que quisiera tener es una pistola...para matarme, le diré a Germán en un alto del paseo debajo de la humedad que pesa quilos, de los retumbes, de los bichos y de la dificultad de orientarse.

Cuando la lancha cruza el Río Negro que viene caliente y translúcido desde Colombia y va hasta donde se encuentra con el Solimoes (suena bien...¿verdad?) que llega turbulento, encalado y más frío, se ve la línea que logra, por un buen trecho, mantenerlos separados. Imposible mantenerlos a raya, apenas unos kilómetros y nada más, porque lo que los va a unir es nada menos que un abrazo. El del Amazonas.



Y aquí ya no ronda: aquí se manifiesta.

Aquí aparece lo que viene latiendo desde que veíamos los pulmones del planeta, lo que bufa en la jungla, los que la llena de corazones latiendo, de brotaciones, de agua dulce y excesiva. Aquí aparece esta señora de vientre interminable: la desmesura.

Hombres del sur, sabemos de río grandes, sabemos de aguas turbias y de la fuerza de lo salvaje. Pero, no hay nacionalismos que puedan, satisfactoriamente, sostener clasificaciones que le quitan protagonismo a este río. Que el más largo es el Nilo, que El Plata es el más ancho. Si mal no recuerdo el Amazonas solo ganó el rubro de mayor caudal. Basta verlo armarse de cuatro Paranaes (dos por el Negro, dos por el Solimoes) para hacer que los barcos de calado se vean exiguos y para que el planeta se vea gigantesco.

Es delgado y de cuerpo moreno y nervioso. De rasgos muy regulares. Repite sus fórmulas con un tono un poco monocorde. Sin embargo se ve que ama su tierra... con perdón por la cantidad de agua... mansa y creciendo siempre.

Y por todas las cosas de la tierra que contiene el agua, como los delfines rosados, con la piel como si les hubieran vertido sangre diluida. Y los grises, que por la facha, son los hermanos menores los que vemos en el mar. Por las, aves, los arboles, las boas, las anacondas, los perezosos, las tarántulas, los insectos, y la humedad y el calor que resoplan bajo la fronda y nos mantienen a todos empapados, salvo a él que se hace llamar Ralph.











¿Por qué será que a los guías suelen gustarle los nombres americanos, tan enamorados como suelen estar de sus lugares?

Mientras navegamos un canal grande nos llega la música que surge de una cabaña. Es cumbia. Yo no tomo alcohol, no lo necesito. Aquí todos toman demasiado alcohol, cachaça. Pero ustedes tomen mucha cerveza, que para eso la traemos.



La desmesura.

Y el trabajo alegre de los hombres que van ocupando lugares como este, al que luego llaman “hogar”.

“¿Viste?, parecen boludos pero al final, siempre te la reponen”

Germán comienza a reírse a las carcajadas mientras nos empapamos.

Oculto la máquina como puedo para que no se moje. En el lanchón llueve torrencialmente.

Todos soportamos el agua que cae a firme y segura. “This is the rain forest” bromea Ralph.

No cargamos nuestras camperas impermeables.

Padre e hijo, de Taiwan, que van sentados delante de nosotros, han sacado su paraguas amplio y lo abren ante el silencio de todos los demás. Mantienen su trozo de lancha en perfectas condiciones. Nosotros seguimos empapándonos.

Germán sigue a las carcajadas. “Parecen uno nabos, pero calladitos, siempre te la terminan poniendo” repite.











Edgardo Ribeiro no fue “el pensador” de Auguste Rodin.

Este “pensador” fue uno que se ocupó del gobierno de Manaus en aquellos tiempos, los del teatro, los de aquéllas calles elegantes, aquél gimnasio y aquéllas escuelas.

Un hombre que pueda pensar en un lugar donde se impone el acto, siempre se destaca.

¿Será verdad que lo pensaba tanto? ¿Habría tenido tiempo para eso?...siempre lo hay.

En el puerto se apilan los barcos arqueados de madera, tan parecidos, tan característicos, tan tradicionales, donde se cuelgan las hamacas y se sigue río abajo hasta Belén o más aún. Raro un puerto donde no aparecen los otros: los particulares, donde la técnica y el diseño juegan a la frivolidad, el confort y también a la belleza.





Tal vez no haya tanto tiempo para eso.

En Porto Velho, ya de vuelta, le dejo un libro al dueño del hotel y otro a las chicas que lo asisten. El no está. Se ha ido en su pick up, acompañado por dos familias más, cada una en su vehículo doble tracción hasta Manaos. ¿Llegó bien?, pregunto.

Sí, dice la mujer, ya están yendo hacia Venezuela. Pero “quebró” el auto.





Madeira Mangoré, la vía del diablo.

¿Por qué le dicen así?

Porque murieron muchos cuando la construyeron, Las enfermedades, las víboras, los accidentes.

¿No funciona más?

Ya no, apenas siete kilómetros para los turistas. Iba hasta Bolivia.

¿Funcionó poco tiempo?

No, funcionó mucho tiempo.



“Exército Brasileiro- Braço forte, mão amiga”



En Porto Velho el cuartel reza eso. ¿Será? Estaría bueno pero no es muy lógico aún a pesar de las películas yanquis, ¿O hay que decir yonquis?

Vos sos la mujer que corre mucho. Por eso volvimos aquí.
Ah sí, yo me acuerdo de ustedes. Han vuelto.
Si, pero nos vamos enseguida, estamos camino de Cuiabá.
¿Pero por qué se van?, quédense.
En el tono de la delgada muchacha vibra una dulzura.

Disculpame, me gustaría invitarte a tomar algo después de tu trabajo. ¿qué te parece?
Puede ser, dice con gravedad la corredora.

¿Qué es lo que puede ser?
¿Que está bien la invitación?, ¿que puede pasar “eso” entre ellos?, ¿que el que invita es del gusto de ella?
... *puede ser*... ¿hay algo más hermoso que lo que todavía no es, pero que lo está prometiendo?
¿A qué hora salís?
A las dos, a las tres, quién sabe.
¿Y cómo hacemos?
Vocé me liga.

Puede ser, dijo la mocita ante aquella invitación. No la veremos más, por lo menos en este viaje.

Sojal grosso. Sí, ya sé, no suena nada bien.

Los campos de soja... y la desmesura.

Han talado el bosque, y a diferencia de lo que ocurrió en nuestros pagos, no han plantado árboles, ni hay taperas, ni montecitos. Hay solo vegas gigantescas tendiendo el verde juicioso de la soja. Y la feracidad del bosque desbaratada a manos de la implacable topadora.



El Pantanal, camino a Cuiabá.

Aparece de golpe, hacia abajo, una depresión plana y extendida, con palmas, vacunos, arboles, gramillas, y un ambiente aplastado y húmedo. Hay menos bosque, más vacas, pueblos, y mucho riesgo en la ruta bajo la lluvia y la hilera interminable de camiones. También bufa.

Treinta kilómetros antes nos detenemos. Nadie avanza. Es un accidente.

Habrá que dormir en la chata, dice Germán. Observo que no tenemos agua.

Después se baja y para un auto, uno de los poquísimos que viene en sentido opuesto.

Me mostró la foto del accidente, cinco camiones y un auto, un muerto seguro, me mostró la foto, y dice que hasta mañana no se libera con esta lluvia.

La hilera de camiones, la fatiga, el crepúsculo bajo la lluvia y la impotencia.

Él conoce un camino más largo que nos puede llevar a la ciudad.

¿Podemos seguirte?

Claro, dice el muchacho del auto al que seguiremos hasta el otro acceso a Cuiabá.

No tendremos tiempo para desvestir esta ciudad cuya importancia es ser la cabecera de un lugar retirado...de acceso hostil. De noche corta y ajena.

A Brasilia es una ruta raída y trisada de camiones bajo la lluvia. Tal vez el peligro sea menor de lo que parece. O, tal vez, el ejercicio habitual de este riesgo provoque su olvido. Paramos a tomar un café en Rondonia, pensando que a esta velocidad el viaje va a ser interminable.

Extensión y pensamiento, espacio y tiempo, lindo el juego de Spinoza sobre el que charla Borges, tan apegado a los asombros de la razón.

El efecto de nuestras acciones, el karma, es lo que nos hace trascender.

Las plantas duermen, los animales sueñan, los hombres, tal vez, pueden estar despiertos. También hermoso.

El panteísmo del portugués y Dios bufando en cada cosa, aunque más en ese Amazonas, que lo viste de desmesura...a Dios, digo.

¿Cuando empieza el alma? ¿Es anterior a la materia? ¿Son acaso modos de la misma cosa...avatares de ese Dios que, más que amigo, es un hermano mayor?

Para mí que tiene alma, dice Germán.



Y, mirá, si en cada tuerca, en cada mecanismo se depositó el karma infinito de los que estuvieron ensamblándola, seguro que la piba tiene su psicología. Además el mismo ensamble, el funcionamiento... esa cosa... es parecida al concepto de vida. Y estamos nosotros con ella.

A mí dio ganas de darle un beso después del palo en Bolivia.

A mí me daba vergüenza, como si le hubiera dado un codazo en el ojo a una chica sin querer. Yo me hacía el sota. Y ahora no tengo ganas de hablarle porque me parece que nos pasamos de rosca.

Joyeuse, Durendal, Excalibur, y seguimos con Borges, acaso no tenían exquisita figura y temperamento único para matar con belleza... y lealtad.

Poco después de Rondonia, el GPS, o tal vez las intenciones nos llevan por una ruta nueva y vacía de camiones. Además ha salido el sol.

¡Qué raro!

Cuando la fatiga lo excede, el caballo a la querencia.

Hay un camino posible dice el muchacho de la estación de servicio, pero lo mejor sería que vuelvan a Rondonia.

Yo no vuelvo.

¿Y entonces?

¿Qué hay al sur de donde estamos?

El borde de Paraguay y después la frontera con Argentina.



Tres veces la moneda salió cara, no tensemos más la cuerda. Si la muchacha, que está herida, cansada, y que, encima nos cuida, decide enfilar para los pagos un poco antes, es para atender.

La chata ha querido volver y con el embrague lastimado, el chasis quizás también, y el torpedo del volante suelto, no es para negársele. Una demostración de que las máquinas (¿qué no lo es?) tienen su carácter.

La chata también forma parte del hermano mayor, claro.

Campo grande. Se terminaron los chubascos, las hostilidades, la cruel hilera de camiones. Apareció el urbanismo campestre, tranquilo... y acomodado. El sur empieza a mostrar su riqueza y su placidez. Y unas granjas de avestruces grandotes (los africanos) que crían en corrales por su carne y por su cuero.

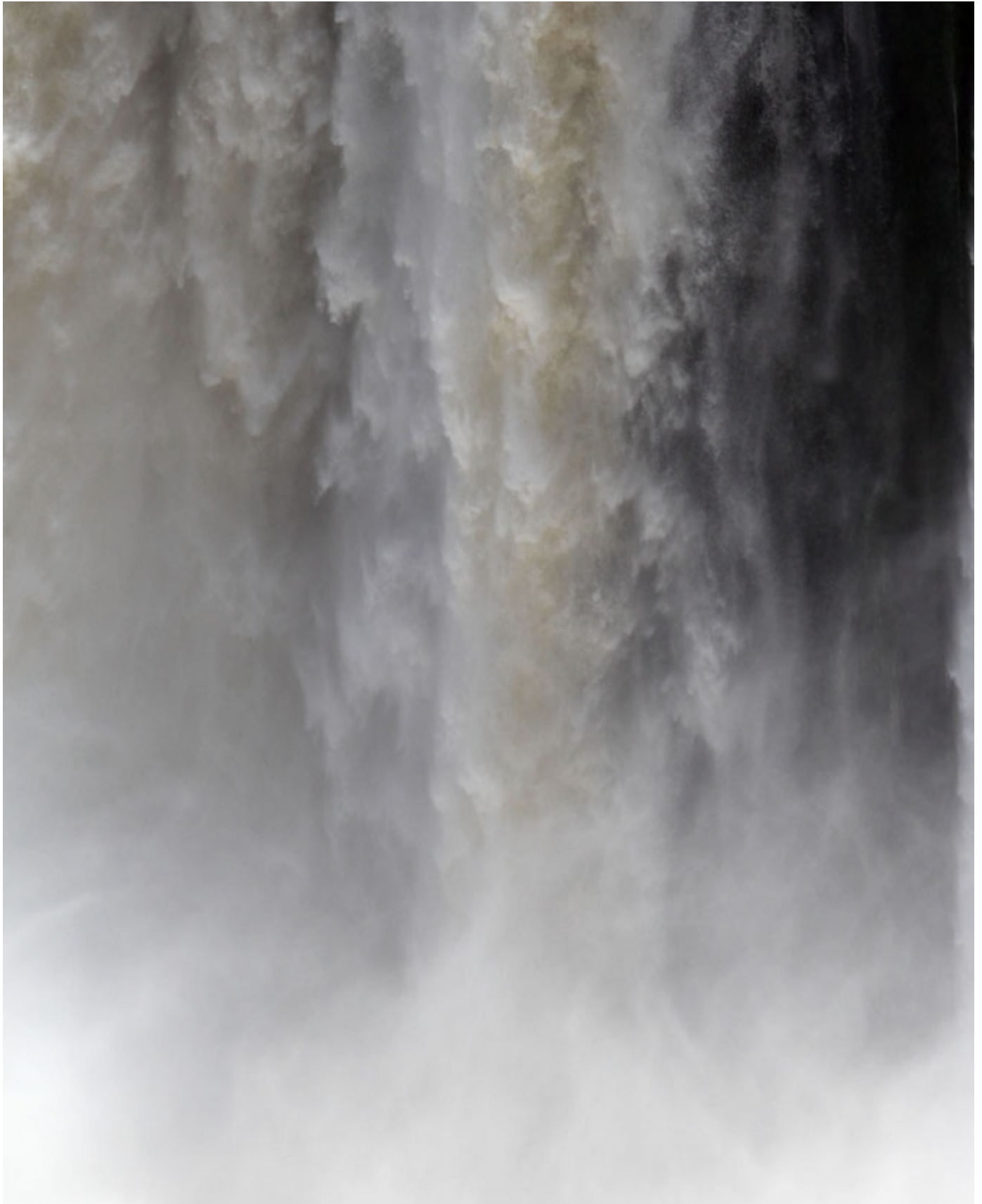
Otra vez la desmesura y la potencia. Otra vez las venas verdes, húmedas, temblorosas, distantes y la respiración de las aguas y de la jungla. Una de “las maravillas del mundo”. Son siete... por infinito, si uno quiere.

Las cataratas rugen en los saltos y, a pesar de semejante fregadora, no alcanzan para lavar las culpas de De Niro.

El agua, el fragor, las palpitations, los ojos, toda la potencia... puede ceder ante una topadora.









En Paso de la Patria, donde el chamamé hace un paisaje fluvial, plano y un poco descolorido, se queda Germán a pescar dorados. Eso es lo que quisiera siempre, quedarme en el agua y trabajar de guía de pesca, me ha dicho. Se queda allí, caña en mano, silencio, y muñeca ducha para vencer muchos quilos debatiéndose. “Si tuvieran cuerdas vocales ...”, dijo Cousteau.

